

LA CABALGADA DE UN GRAN “SEÑOR”: DUELOS Y GOZOS EN EL *POEMA DE MIO CID*

GRACIELA CÁNDANO

Universidad Nacional Autónoma de México

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.
M. Machado

Cuando la realidad y la ficción se presentan
como una unidad indisoluble, surge la
gran literatura.

Anónimo

Se inicia la travesía de Rodrigo como vasallo desterrado, pero al mismo tiempo como “señor” de los que se destierran con él..., “allá, en el corazón de la tierra de España despuntan altos albores” (Salinas, *Ensayos*, 32) y en sueños se aparece el ángel Gabriel con un buen augurio: “Cabalgad Cid, el buen Campeador, ca nunca en tan buen punto cabalga varón” (vv. 407-408).

Esta figura heroica, más allá de su personalidad, sus gestos, sus virtudes y sus proezas, tuvo, como todo ser de carne y hueso, que ganarse el pan para vivir. Y es precisamente este aspecto connotativo, no trivial, el que deseo destacar. Trataré de determinar, de modo breve, de qué manera rescata el poeta la aguerida cuestión de la subsistencia diaria del Campeador desterrado; reconoceré en los versos inmor-

tales algunos de los recursos alusivos: imágenes, tópicos, agitaciones espirituales, pensamientos... juntos cabalgando.

El autor redime a Rodrigo cual hombre espléndido, magnánimo, gran aliado de sus mesnadas, particularmente en el acto ordinario de ganar y dar a ganar el sustento. Entonces me pregunto: ¿cómo se aficiona el poeta a ese personaje simultáneamente heroico y mercenario, y lo envuelve, o lo expresa envuelto, en un ropaje de generosidad paterna hacia sus vasallos? Estimo que se prenda de él debido a los luminosos reflejos de su estampa histórica, real, que se levanta, recia, de entre sus esforzadas costumbres, su pausado y fatigoso heroísmo, sus disciplinados hábitos marciales. ¡Cuánto se habrá elevado ante el poeta la imagen de este hombre paradójico, ordinario y sublime, que logró entregárnosla en tan gran Poema!

Contemplamos al artista anónimo comunicando los más complejos y punzantes movimientos del alma con una llaneza sorprendente, plena de contención y medida, de concisión, poniéndose a tono con la identidad del Campeador. Con referencia a este fenómeno poético, es indudable el gran sentido de la suspensión narrativa, que ha sido señalado, en el Poema, por críticos reconocidos. Por su parte, Dámaso Alonso asevera que mediante el laconismo

y la moderación de los medios estilísticos se llega, justamente, a la intensificación de los efectos estilísticos (“Estilo y creación”, 69). Tanto el Poema, como lo que del héroe acentúa el autor, traslucen pulcritud, mínimo ruido, simplicidad o economía de recursos impactantes, y, como dijera Colin Smith, “carencia de gorgoritos estilísticos” (“Introducción”, 115).

La aguda carga afectiva y la acción compleja que convergen en el *Mío Cid* son magistralmente insinuadas a través de la impetuosa retención emotiva que se adivina o siente en cada verso. El autor consigue una viva aunque majestuosa vehemencia reprimida a partir de pocas y sugerentes palabras, mezclando, cual mágico alquimista, la intensidad dramática y la parquedad. Luis Rius, al referirse a las escenas de honda sujeción impulsiva que abundan en el Poema, señala que el logro del artista al manifestarse en los versos mediante una “contención violenta”, provoca que se intuya el mismo ardor encorsetado en Rodrigo (“*Cantar*”, 5). Contención en el personaje equivale a sobriedad en el poeta.

“Rodrigo —subraya Rius—, ni descuaja árboles con sus manos ni nunca descabezó de un solo tajo a ningún dragón descomunal” (“*Cantar*”, 8). En efecto, jamás salió al campo de batalla impulsado por un ideal caballeresco genérico o aventurero tan propio de personajes literarios posteriores como el Amadís de Gaula o don Quijote. Él guerreaba asiduamente —con pocos pero muy fieles y animosos soldados— contra los moros. Sus poderosos adversarios y lo exiguo de su tropa le hicieron pasar grandes apuros, resueltos sólo gracias a su bravura y la de los suyos, sin olvidarnos de su ingenio táctico para el combate (ingenio apoyado, como siempre, en otros; en este caso, en su compañero Alvar Fañez, un auténtico estratega). En más de una ocasión tuvo el tino de retirarse oportunamente del campo, aun después de obtener la victoria, con tal de no ser arrasado por los refuerzos enemigos.

Al presentarnos el poeta una de las materias de su preferencia: los aspectos más reservados de la vida de-

nodada del Campeador, lo que hace en realidad es, desde su cotidianidad, alejar la figura del Cid de las de héroes épicos tradicionales, cubrirla de una grandeza, laboriosidad y humildad difíciles de imitar. A lo sumo se aproximarán a él sus leales vasallos, en los múltiples desdoblamientos que realizan representando a su señor. Pero, ¿por qué tantos trabajos, tantas penalidades?

La historia parte de un momento desgarrador: la expatriación. Rodrigo y los suyos han sido arrancados de sí mismos, de su terruño y su entorno, en un plazo perentorio de nueve días. Pero... “¡mejor no podía empezar!”, dice Pedro Salinas (*Ensayos*, 30); ¿por qué? Se abren grandes interrogantes en el inicio de lo que parece una cabalgada sin término: ¿Cómo volver a Castilla?, ¿cómo llevar a buen término —a cumplimiento— la idealista y a la vez irónica premonición del guerrero?:

¡Albricia, Albar Ffáñez, ca echados somos de tierra!
Mas a grand ondra tornaremos a Castiella.¹

Caben las preguntas anteriores porque el panorama que presenta el autor durante la marcha hacia el exilio —a despecho del estoicismo del Cid— es desolador, angustiante. Basta recorrer las escenas de la salida de Vivar para sobrecogerse ante el incierto porvenir de los protagonistas: los palacios del héroe desiertos, con sus puertas violadas, indefensas; las perchas desnudas y los fuertes varales sin halcones; el mal augurio de la corneja volando por la izquierda; los vecinos dolientes, mas no solidarios, a causa del temor al rey, y la frase reveladora que surge de las bocas pesarosas:

Dios, que buen vassallo! ¡Si oviesse buen señor!

¹ Según Ramón Menéndez Pidal, este verso aparece en la *Primera Crónica General* de Alfonso X (en 523 b 25) con el fin de redondear el sentido del verso 14 (*Cantar de Mio Cid*, n. 14b, 1026).

Sólo veinte versos necesitó el juglar para dar cuenta de la tragedia. Concisión e intensidad, presentes desde el principio en el Poema.

El Campeador se enfrenta patéticamente a su hostil destino cuando una niña de *nuef años* le niega el paso en una posada de Burgos. Acampando en los arenales, Rodrigo se encuentra en el punto más abismal de su destierro, pero es precisamente ahí donde se comienza a gestar su reivindicación, cuando asume que debe entregarse en cuerpo y alma a resolver los problemas de aquellos que son lo único con que cuenta para retornar con honor; y lo hará con invariable modestia —la de un gran señor—, pidiendo opinión, haciendo concesiones a sus hombres, Minaya, Antolínez, Pero Bermúdez y todos los demás.²

El autor del Poema nos muestra con crudeza a un Rodrigo que apoya a sus huestes, sí, pero que también se apuntala en ellas, buscando su auxilio. Necesita cerebros, corazones, agallas y brazos que sostengan su empresa.³ Se conduce como un héroe épico *sui generis*, que no se vale por sí mismo. Es un titán demasiado humano que requiere la permanente ayuda de otros para cumplir la dura misión que la Fortuna le impuso. Pero sus hombres lo necesitan tanto como él

a ellos, y lo aman y lo respetan; y le besan las manos y dan la vida por él. El Cid y sus mesnadas constituyen uno de los testimonios históricos y literarios más conmovedores de la fraternidad y mutua adhesión que llegaron a imperar entre el señor y sus servidores.⁴

Los vasallos son también su familia. Estamos ante un verdadero “nosotros”, no frente a una diversidad convencional. Se trata de un transparente y desgarrador “plural”, de un dramatismo inusitado en la épica, como es cada cosa en esta obra magistral. Cuanto hay forma parte intrínseca del Cid: su tierra —Castilla—, sus hijas, su mujer, sus huestes, sus espadas, su caballo, su león, sus amigos, aun los moros... su rey.

Es evidente que el personaje es, no sólo un buen vasallo —como clamaron los ciudadanos de Burgos—, sino un gran señor y un magnífico jefe de familia. Un Campeador que está, en cada pasaje del relato, preocupado por los suyos, por su situación económica y material. Y sobrevivir, ganarse el pan, equivale en el exilio a cabalgar, acampar, levantar las tiendas y, sobre todo, a guerrear. Por ello dice el íntegro Minaya:

De Castiella la gentil exidos somos acá,
si con moros non lidiáremos, non nos darán del pan
(vv. 672-673)

Si entiendo al poeta, debo rescatar a los protagonistas del Poema como jinetes, como hombres expatriados ceñidos a una montura. Una de las imágenes —brindadas por Rodrigo y sus vasallos— que al poeta le obsesiona transmutar en arte es, sin duda, el marco del continuo cabalgar “entre polvo, sudor y hierro”. Es una penosa acción en la que la figura del héroe se ve, en todas las facetas del vivir, involucrada

² “El destierro del Cid, que conlleva la pérdida de bienes y heredades, comienza con un castigo añadido, ya que el rey prohíbe la adquisición de alimentos a su vasallo en desgracia. Evidentemente, quiere aumentar su ya penosa situación, privándole a él y a sus fieles, del necesario sustento. El Cid, acampado al otro lado del río Arlanzón, conoce el real ordeno (sic) y mando: ‘Vedada l’an la compra dentro de Burgos la casa; / de todas cosas quantas son de vianda’ (vv. 62-63)” (Almodóvar, *La cocina de Cid*, 19).

³ Tal y como se exponía en el Fuero Viejo de Castilla. “Así vemos a la mesnada del Cid seguir a su señor al destierro, y ello no solamente por la fidelidad, antes bien porque el derecho germánico hacía recaer igualmente sobre ellos el castigo que pesaba sobre el Cid, lo que les exponía sin amparo a la ira del rey y de sus enemigos. Igualmente importante era el aspecto económico, que obligaba a los vasallos a seguir a su señor para ganarse la vida a su lado” (Díez Borque, *Cantar de Mio Cid*, n. 4, 275). Mallorquí Rusalleda apunta que “además, debían ayudar en todo al señor, hasta que el rey le recibiese de nuevo en su corte” (“La configuración del protagonista”, n. 16).

⁴ Régine Pernoud evoca la liberalidad del conde y la condesa de Chantocéaux hacia su siervo Constant le Roux, diligente, obstinado y astuto vasallo del siglo XI que prosperó notablemente en Anjou con la venia de sus generosos señores. Pernoud presenta esta anécdota como típica de la época (*Para acabar con la Edad Media*, 79-80).

a la par de sus huestes. Con ellos y para ellos. Bien se ve que jamás pierde de vista al rey y la restitución de su propia honra, pues no ignora que, sin la ganancia material, la reparación de su dignidad será imposible —aunque, después, la riqueza que deviene de sus andanzas bélicas sea el germen del drama que se avecina en Corpes—. “En la hoguera prendida para celebrar el triunfo, puede encenderse —dice Pedro Salinas— el incendio de la catástrofe” (*Ensayos*, 38).

La cotidianidad está conformada por un lento acontecer de cabalgada a cabalgada, en paciente procura de su fin. Las largas jornadas se manifiestan, por lo general, en un sinnúmero de pequeñas eventualidades y detalles. Pero todo está encaminado al regreso con “gran ondra” vaticinado por el Cid... y mientras mayores sean el tiempo y la distancia que alejen al Campeador de su solar, mejor será el reencuentro, el *ayuntamiento* con su mujer, sus hijas y su rey. Es, más que nada, en ese constante cabalgar en que el autor muestra la contención y reciedumbre de su personaje.

Las etapas del viaje —sus incidentes—, los movimientos del alma, los sentimientos, todo, está regido por el arte de la gradación. Arte genial del poeta, relacionado sin duda con su estilo conciso y contenido, que va dando cuenta paso a paso de la disposición del Cid para ir cobrando ganancias, en un perfecto paralelismo con su posterior disposición para ir cobrando venganza.

En la distribución equitativa del botín, el autor coloca al Cid ciñéndose al derecho. Recalca, con evidentes conocimientos jurídicos, lo justo de las disposiciones legales que regulan el reparto y la integridad del Cid al acatarlas. María Eugenia Lacarra hace énfasis en el beneficio económico que el estricto cumplimiento de las normas produce en todos los interesados (Poema de Mio Cid, 96). El proceder del Campeador hacia las riquezas es, amén de humanitario, ejemplarmente reglamentario.⁵

⁵ La insistencia en el Poema con respecto a que la actividad central de Rodrigo es “ganarse el pan” —y narrar detenidamente la acumulación de las ganancias militares— constituye una

Inexcusablemente, parte importante de la grandeza del protagonista está en el cotidiano vivir de un guerrero que alcanza honor “por sus manos”, no por el linaje; de un caudillo que obtiene venganza “conforme a derecho”, y no en función de su poder secular. Obviamente, en sentido estricto, las hazañas del Cid trascienden el mero hecho de ganarse el pan; pero hay que resaltar la gran metáfora que implica que, el buscarse la vida tan provechosamente y cosechar un gran botín para el rey, en ese rítmico cabalgar que irá propiciando el *ayuntar*, se traducirá en ganancia de la *ondra*.⁶

En última instancia, recuperar el pundonor —ni más ni menos que ganarse el pan—, se traducirá para Rodrigo en la reconquista de Valencia, culminación de su cadena de triunfos en otras plazas. Como siempre, va, pausadamente, de menos a más; así, el reencuentro sabe más sabroso, la venganza es más digna y dulce, el enriquecimiento mesuradamente degustado. Los versos son exactos, y están estratégicamente presentados: en el momento justo, como una anticipación de los gozos que vendrán. Así va creciendo, con fatigosa heroicidad, la prez de Mio Cid.

muestra del tono antinobiliario que reina en la obra. Blanco Aguinaga sostiene que dicho hincapié está determinado por la naciente pugna entre la nobleza y los infanzones y los nuevos ricos —especialmente los libres comerciantes—, quienes unieron sus intereses en un ataque combinado contra aquélla (*Historia social*, 67). El mensaje implícito del Poema definitivamente no constituye, como es el caso de otros poemas de gesta, una propaganda soterrada del sistema feudal, y las acciones del Campeador y de sus acompañantes, todos de humilde procedencia, revelan que el mundo ya está dejando de ser estático, suspenso.

⁶ “...la riqueza ganada —caballos, sillas, frenos, guarniciones— no sólo es útil para pagar, tanto a los que sirven como a los que se le van allegando [...], sino para negociar con el rey, cuya benevolencia irá comprando poco a poco a fuerza de obsequiarle con el quinto de lo que en cada batalla a él le correspondía como ganancia” (Catalán, “*El Mio Cid*”, 16).

LA CABALGADA INTERIOR

Si por cabalgada entendemos ‘una rápida incursión a caballo o por tierra enemiga, seguida del ataque por sorpresa que tenía por finalidad la devastación de campos y poblados para recoger botín’, tal vez podríamos tomar esta definición como una gran metáfora del caminar del Cid en el *Poema*.

Desde luego el poeta no nos deja olvidar que desde la salida de Vivar, Rodrigo tiene muy clara su doble meta: recuperar la honra y volver a Castilla..., en su cabalgar estará constantemente la marca de la nostalgia por su “Castiella la gentil” (v. 672 y v. 829). Sin embargo, la cabalgada del Cid se puede considerar desde dos de sus diferentes facetas: el cabalgar paso a paso, en un recorrido constante: los hechos cotidianos, la resolución de batallas, los sucesos con sus propios vasallos, los envíos del botín al rey, en otras palabras, el duelo del destierro en el gozo de la reconciliación.⁷ Y por otra parte tenemos el proceso psicológico —en un ritmo lento—, que tiene que ver con el galope de los sentimientos y que llevará al héroe a elegir la manera en que cobrará venganza ante la afrenta de sus traidores yernos.⁸

En el primer caso se trata de una lucha contra el repudio del rey. Por medio de paralelismos, oposiciones y otros recursos formulísticos se van narrando las “nuevas del Cid”, sinónimo de sus cabalgadas.⁹ En

⁷ “La acción aventurera del Cid, que primero es reducida, va creciendo por su buena fortuna y por su condición de hábil capitán que sabe siempre usar la maniobra más favorable en cada caso: combates y marchas por la noche, conveniente partición de fuerzas, etc. Al cabo de cierto tiempo no es ya el infanzón desterrado que gana azarosamente el pan de cada día, sino el conquistador que se adentra en la tierra mora y organiza una situación bélica, cuyo fruto es la conquista de Valencia” (López Estrada, Prólogo, LVII).

⁸ El Cid está consciente de la calaña de sus enemigos: “ellos son mucho orgullosos e an part en la cort” (v. 1938). López Estrada dice que “el orgullo social de los infantes sirve como motivo para la anécdota poética de la deshonra del Cid...” (Prólogo, LXII).

⁹ Para Américo Castro “las nuevas del Cid” en realidad se refieren, o mejor dicho significan “grandes hechos realizados por

el segundo, la embestida es contra los agravios y el orgullo social de los de Carrión; es decir la cabalgada consiste en convertir estos duelos de sus “entrañas” en gozos ante la reparación jurídica.¹⁰ Y si bien las cabalgadas físicas se presentan en un ritmo rápido, la cabalgada interior (la confección de la venganza)¹¹ se da en un ritmo lento y mesurado.¹² López Estrada apunta que “...de esta suerte, pues, se escribe el *Poema*: acordando, delicadamente en todo momento la acción del héroe y de los personajes, la psicología poética que manifiestan y la ejemplaridad que se desprende del conjunto. Y esto lo realiza el poeta sin distraerse un punto de su intención: que es la de ofrecer a los oyentes el relato de los hechos del Cid” (Prólogo, LXVIII).

¿Cómo llevará a cabo el cumplimiento de su venganza? Con la concisión e intensidad de las que dio ejemplo a la salida de Vivar. Vemos que se enfrenta ahora a un destino quizá más hostil ante la afrenta sufrida por “las telas de su corazón”, pero asimismo empezará a gestarse la rehabilitación, esta vez apelando a la regulación del derecho y a sus tácticas individuales, que se traducirán en su destreza y talento para dar su merecido a los infractores. Aquí el protagonista ya no pide opinión a sus vasallos, el poeta tampoco nos habla de sus cavilaciones, pero todo sugiere una introspección en el personaje, cuando vemos los pa-

alguien”, además de “noticias, historia” (*La realidad histórica de España*, 570).

¹⁰ Por ello “el desarrollo de [las Cortes] se narra minuciosamente, con las quejas del Cid, las réplicas y las sentencias y terminan en los duelos que fueron ganados por los del Cid. La venganza sigue un cauce jurídico y detiene el movido desarrollo del argumento que la obra había mantenido en la parte precedente” (López Estrada, Prólogo, LXIV).

¹¹ Recuérdese asimismo el detallismo con que se describe cómo se alista en su vestimenta el Cid antes de asistir a las Cortes.

¹² López Estrada señala que “con el propósito de contar estas ‘nuevas’, la obra se desarrolla en un curso que puede ser lento o rápido, según la intención del poeta en cada caso. Como no escribe directamente ‘historia’, esta andadura depende de su voluntad creadora y no de la importancia de los acontecimientos según determinado criterio documentador” (Prólogo, LXIX).

son que va dando el Cid y cómo traslada la culpa y la deshonra al rey don Alfonso.

El “ardor encorsetado” mencionado arriba..., se ve precisamente en su cabalgada interior que constituye uno de los aspectos más reservados, como decía antes, de la vida del Campeador...

El Cid, una vez que ha conquistado Valencia, emprenderá una cabalgada introspectiva, que se revela en su inicial recelo ante la propuesta del rey sobre el matrimonio de sus hijas con los infantes de Carrión:

Vos casades mis fijas ca non se las do yo
(v. 2110)

Y, a continuación, la negativa a entregarlas él mismo:

non gelas daré yo con mi mano nin dend no se alabarán
(v. 2134),

razón por la que es designado Minaya Alvar Fáñez como padrino. Posteriormente en un acto de humildad suprema, Rodrigo se postra ante sus hijas admitiendo que no pudo negarse a la petición del rey Alfonso:

mas bien sabet verdad que non lo levanté yo;
pedidas vos ha e rogadas el mio señor Alfonso
atan firme mientras e de todo corazón
que yo nulla cosa nol sope decir de no.
Metivos en sus manos fijas, amas a dos:
bien me lo creades que él vos casa, ca non yo.
(vv. 2199-2204)

Tangible es sobremanera la pesadumbre de este paladín *sui generis*. Pero... el juglar cabalga a su lado: “¡Plega a Santa María e al Padre santo / ques page des casamiento mio Çid...!” (vv. 2274-2275).

Cuando el Cid se entera de la afrenta, empiezan las cavilaciones sobre cómo cobrar venganza:

una grand ora pensó e comidió;
alcó la su mano a la barba se tomó:
“¡Grado a Christus que del mundo es señor
quando tan ondra me an dada los ifantes de Carrión!
¡Par aquesta barba que nadi non messó
non la lograrán los ifantes de Carrión,
que a mis fijas bien las casaré yo!”
(vv. 2828-2834)

Se inicia una nueva lucha por transformar los duelos en gozos. Es lo que he llamado la *cabalgada interior*.

Manda que cabalguen sin dilación sus leales vasallos, Minaya y Bermúdez, y devuelvan a sus hijas a sus brazos paternos. Y por primera vez el Cid descubre su sentir:

de míos yernos de Carrión Dios me faga vengar
(v. 2894)

Reunido con sus hombres “en poridat” planea la venganza, cuya primera coz gravita en hacer ver al rey que la deshonra recae sobre él mismo; embajada contundente de la que es portador Muño Gustioz:

si desondra i cabe alguna contra nos
La poca e la grant toda es de mio señor
(vv. 2908-2909).

El poeta reitera que el rey sufre mayor deshonra que el propio Cid: “Tienes por deshonrado mas la vuestra es mayor” (v. 2950). Todo ello con el propósito de restablecer una relación ideal entre señor y vasallo, pues al aceptar Alfonso que “entre yo e mio Cid nos pesa de corazón” (v. 2959), vemos finalmente cumplido el anhelo expresado en el emblemático verso 20: “¡Dios, que buen vasallo! ¡Si óviesse buen señor!”

Los duelos de la primera cabalgada del Cid por recuperar su honra, se han transmutado en los gozos de la segunda —la interior— al conseguir que el rey, consciente de su propia deshonra, restituya su gracia

al Cid. Es, en términos generales, la cabalgada “del hombre ejemplar que desde la miserable situación del comienzo de la obra llega al triunfo del final” (López Estrada, Prólogo, XVIII).

El poeta ha cabalgado con su lector y la cabalgada triunfal del poeta consiste en presentar a su héroe con la sobriedad y mesura atípicas en la épica.¹³

En este varón hazañoso reverberan ciertas virtudes que sólo se encuentran en los verdaderos paladines, en los realizadores de los más grandes hechos: la lealtad a ultranza; la esplendidez para con los suyos, aun para con el poderoso rey que lo ha rechazado; la sobriedad y la prudencia; el intenso amor a la familia; el espíritu más esforzado y valiente posible; la sencillez de origen.

He de concluir. Lo haré subrayando la sana alegoría que nos regala el Poema: ganarse el pan, compartirlo “doblidamente” con sus vasallos; cabalgar, guerrear, ganar botín, reconquistar tierras, todo ello significa, pues, luchar por la honra y ganar prestigio social. Es saludable, en todas las épocas, enaltecer el trinomio trabajo-humildad-honor, porque con ello se dignifica el cumplimiento del deber. Dentro de tan meritorio marco moral, al poeta le apasionan los matices íntimos de la vida del héroe, sus cualidades, sus empeños y sus dificultades, así como, dice el poeta Salinas, “las vidas humanas que siguen su curso sobre un fondo de realidad” (Salinas, *La realidad*, 56), es decir, cada uno de sus vasallos y servidores, *los que comien de su pan*.

A todos alcanza ondra por el que en buen hora nació
(v. 3725).

¹³ Dejo para otra ocasión su cabalgar en las Cortes: sus reclamos de los averes, espadas y los retos. Su cabalgar concluirá con las nuevas bodas de sus hijas concertadas con los reyes de Navarra y Aragón. Lo que me interesa resaltar aquí es que el cobro de la venganza sobre los de Carrión estará en función de la admisión o asunción del rey de su propia deshonra. El Cid, al movilizar al rey, podrá llevar a cabo su venganza con gran justicia y mesura.

Ya los duelos en gozo se han tornado,... el vaticinio del Cid se ha cumplido. La alquimia predilecta del poeta ha puesto magistralmente punto final a su obra y, no obstante ello, esa alquimia trasciende, recordando, anunciando la cadena del gozo y el duelo, del duelo y el gozo... juntos cabalgando.

Sí, el poeta ha cabalgado con nosotros, sus lectores; nos ha trasladado de un itinerario a otro y de una escena a otra; y sólo me resta evocar aquellos versos memorables:

Ya quiebran los albores e venié la mañana,
ixi el sol, ¡Dios que hermoso apuntaba
(vv. 456-457)

...
¡d'aqueste acorro hablará toda España! (v. 453).¹⁴

BIBLIOGRAFÍA

- ALMODÓVAR, MIGUEL ÁNGEL, *La cocina de Cid. Historia de los yantares y banquetes de los caballeros medievales*, Madrid: Ediciones Nowtilos, 2007.
- ALONSO, DÁMASO, “Estilos y creación en el *Poema del Cid*”, en *Ensayos sobre poesía española*, Buenos Aires: Revista de Occidente, 1944, 69-111.
- BLANCO AGUINAGA, C., J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS e I. ZAVALA, *Historia social de la literatura española*, Madrid: Castalia, 1986.
- CASTRO, AMÉRICO, *La realidad histórica de España*, México: Porrúa, 1962.
- CATALÁN, DIEGO, “*El Mio Cid*: nueva lectura de su intencionalidad política”, en *Symbola Ludovico Mitxelena septuagenario oblata*, II, Vitoria: Universidad del País Vasco, 1985.

¹⁴ El *Poema de mio Cid* también es la cabalgada en la historia de la literatura dejando constancia no sólo de su maestría como arte literario, sino además colocando “el nombre de España [...] entre las literaturas que tienen en su periodo de orígenes un gran poema épico” (López Estrada, Prólogo, xxviii).

- DÍEZ BORQUE, JOSÉ M. *et al.* (eds.), *Cantar de Mio Cid*, Madrid: Playor, 1981.
- LACARRA, MA. EUGENIA, *El Poema de Mio Cid: realidad histórica e ideología*, Madrid: Porrúa Turanzas, 1980.
- LÓPEZ ESTRADA, FRANCISCO, *Poema de Mio Cid*, Madrid: Odres Nuevos, 1981.
- MALLORQUÍ RUSCALLEDA, ENRIC, “La configuración del protagonista en el *Cantar del Mio Cid*”, en www.hottopos.com/mirand12
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, *Cantar de Mio Cid*, vols. I y III, Madrid: Espasa-Calpe, 1969 [Obras Completas de R. Menéndez Pidal].
- PERNOUD, REGINE, *Para acabar con la Edad Media*, Barcelona: J.J. de Olañeta, 1999.
- Poema de Mio Cid*, ed. de Colin Smith, México: REI, 1987 [Letras Hispánicas].
- RIUS, LUIS, “El *Cantar de Mio Cid*”, en *Los grandes textos de la literatura española hasta 1700*, México: Formaca, 1966, 1-13.
- SALINAS, PEDRO, *Ensayos de literatura hispánica. (Del Cantar de Mio Cid a García Lorca)*, Madrid: Aguilar, 1961.
- SALINAS, PEDRO, *La realidad y el poeta*, Barcelona: Ariel, 1976.
- SMITH, COLIN, “Introducción al *Poema de Mio Cid*”, en Francisco Rico (coord.), *Historia crítica de la literatura española*, Madrid: Crítica, 1991, 15-119.